

este lugar los nombres siempre ilustres de aquellos piadosos monarcas que tenían en mas el engrandecimiento de la Religión que el brillo de sus diademas?

Concluyamos: la Concepcion Inmaculada de la Madre de Dios no es ya una creencia piadosa, sino una verdad de fe declarada por la Iglesia. El Vicario de JESUCRISTO ha hablado, y el mundo católico ha inclinado la cabeza ante la solemne definicion saludada con el mayor entusiasmo en todas partes. Toda lengua católica alaba á María en el tierno y simpático misterio de su Concepcion limpia de toda mancha, y bendice al mismo tiempo al santo pontífice Pio IX que ha sido el instrumento de la Providencia al decretar un dia tan glorioso para la corredentora de la humanidad y tan dichoso para la Iglesia universal.

Al terminar el presente capítulo, en el que hemos tratado del gran misterio que forma el florón mas brillante de la corona de la Virgen y de mayor estima para la Reina de la pureza, queremos hacerlo con la reproduccion de unos párrafos de la preciosa obrita que con motivo de la declaracion dogmática escribió un amigo nuestro, tan cumplido caballero como buen cristiano y excelente publicista catalán (1). Respiran, como toda la obra, los mas tiernos sentimientos y el mas piadoso y profundo razonamiento:

«No es necesario por cierto dar pruebas de una verdad ya definida, pues, desde el momento en que habló la Iglesia, no se funda ya en el raciocinio sino en la autoridad, y en la autoridad de Dios. Sin embargo, el alma se complace en recordar los actos que ejercia su pensamiento para adquirir la íntima convicción de una verdad tan querida, invocando únicamente el amor á la Madre y el amor del Hijo á la Madre, y siguiendo las dulces inspiraciones del corazón. Ahora se ve con cuánta justicia se abogaba por la causa santa del honor de María y de la honra de su Hijo divino, y con cuánta razon se deseaba y se creía lo que, si no era un precepto para la obediencia, era una necesidad para el amor.

«Y en realidad, la redencion del hombre fue decretada en los consejos eternos de Dios. El hombre habia sido formado sin mancha y salido puro y sin lunar de las manos de su Criador. ¡Qué bello origen el de la feliz humanidad! Cuando Dios animó con su soplo al escogido barro, todo era candor é inocencia: la negra culpa solo yacia sepultada en lo mas hondo del abismo. Pero salir debía de su centro tenebroso y macular con su hálito inmundo el aire purísimo de la tierra, como el rostro cándido de una vírgen ajada por el contacto impuro de un seductor. El mundo, despues de haber dado un gemido por la transgresion del primer hombre, debía ser inundado por el diluvio de la iniquidad antes de ser inundado por el diluvio de las aguas. Dos arcas empero debian salvarse de los dos grandes naufragios de la humanidad; la una para preservar la descendencia del hombre, segun la carne, la otra para encerrar en su puro seno al Reparador supremo de este mismo hombre, segun el espíritu. Por la primera debía sobrevivir la especie humana á la destruccion general; por la segunda debía restablecerse la gracia original que habia naufragado en el mundo: la primera, de madera escogida, debía contener al hombre justo y á su familia para que la raza de Adán no pereciese; pero en la segunda, arca incorrupta y pura, debía encerrarse el Dios humanado para salvar segun la gracia á esta misma progenie de Adán, con-

(1) *María Inmaculada. Recuerdos históricos, etc.*, por D. Joaquín Roca y Cornet.

denada al destierro y á la muerte. La inocencia, pues, ha tenido en el mundo dos paraísos; antes de la venida del Redentor, el Eden y el seno en donde se formó, pues María era tambien el arca santa en que Dios habia de venir á salvar al mundo inundado por la iniquidad, y el paraíso donde debía salir el nuevo Adán, reparador de las desgracias del primero.

«Dejó, pues, Dios que el torrente de la corrupcion, que se derramó desde el perdido Eden por toda la tierra, inundase siglos y generaciones. Mas le detuvo con su mano poderosa en la plenitud de los tiempos. Y en aquel momento María fue concebida. Y volvió despues á correr, y correrá hasta confundirse en el océano de la eternidad. El alma de María salió pura de las manos de Dios, como la habia concebido en su pensamiento eterno; así fue concebida en el tiempo, bella como un nuevo paraíso, y mas preciosa que el universo. La inocencia, tan pura y mas prodigiosa aun que la que nació sobre la tierra, la cubrió con una gasa celeste, y la gracia la revistió con su ropaje de oro, como cantó el Rey profeta. La Trinidad entera reflejó en María su triple y soberana belleza, el poder, la sabiduría y el amor. Un abismo insondable separa á María del pecado en todos los instantes de su ser. Ni un solo momento podia Dios concebirla como hija de cautividad, ni podia consentir en ser hijo de cautiva. En Ella encarnó su Verbo, el que detuvo al astro del dia, y le mandó, á él ó á los mundos, que se parasen en su rapidísima carrera; el que detuvo las ondas de un mar y de un río; el que sacó flor de un seco tronco; el que conservó la zarza y á tres niños en medio de las llamas, y á un profeta en el seno de un monstruo. El mundo cayó, y debía ser redimido. María debía ser preservada de caer. El brazo inmortal la tuvo asida de su mano sobre el comun precipicio. Permitió que pisara el mundo contaminado; pero su origen era del cielo. Si María fuese heredera de nuestra culpa, el infierno pusiera tacha, en cierto modo, á la humanidad admirable de Dios. El que arrojó al ángel maldito de las excelsas alturas no quiso que cayera sobre su Madre el anatema que cayó sobre la frente impura del espíritu rebelado. La Hija del Eterno, escogida para empezar la redencion del mundo, debía ser preservada y redimida por el poder de Dios, antes aun que la sangre expiadora del Verbo humanado se derramara por la salud de los hombres. La maternidad divina es aquel escudo inmortal que debió preservar siempre y para siempre la bendita entre todas las hijas de Adán. Y la Madre del Verbo divino no podia ser de menor condicion que la madre de Cain, pues si esta fue pecadora por debilidad, aquella fue impecable por gracia, y Madre de un Dios esencialmente impecable. Llena de gracia la saludó el celestial mensajero: *Llena de gracia*, y ¿cómo hubiera podido ser *Uena* si un solo punto de tiempo hubiese podido ser *vacía* de gracia? *Llena de gracia*, y este celestial saludo dado á la Madre de la gracia, y repetido por todas las generaciones y en todos los instantes, contiene implícitamente el dogma querido y suspirado que acaba de definir la Iglesia.

«Bastaría sin duda decir para la gloria de María, que la Iglesia admite su «inmaculada Concepcion, decia un elocuente escritor de nuestro siglo pocos años hace; mas, á fin de darnos mejor razon de esta doctrina, detengámonos «en los muchos y poderosos motivos que han debido acreditarla entre nosotros. «Pues que Dios en sus designios eternos la habia escogido para ser la Madre «del Redentor, ¿no convenia que hubiese entre ella y los hombres una tal diferencia, que al buscar un objeto de comparacion con esta augusta doncella, «hubiese precision de confesar que no tenia sobre de sí sino al Altísimo? Y

«¡qué! ¡hubiera puesto al mundo al que venia á purificarnos de la mancha original, y el Hijo de Dios hubiera chupado la vida en una fuente emponzoñada como todas las demás! La sangre que le transmitia su Madre ¿podia estar tocada de la menor corrupcion? ¿Cómo hubiera consentido JESUCRISTO en unir á su divinidad una humanidad que, si bien sin tacha en sí misma, hubiese tocado inmediatamente sobre ella á esta degradacion que queria destruir? ¡María y el pecado original! ¿pueden concebirse juntas estas dos ideas? Pecadora al ejemplo de las demás criaturas, ¿hubiérase atrevido ella á fijar los ojos sobre su Hijo? ¿sonreir á su palabra? ¿gloriarse de ser su madre? ¿No hubiera temblado de llevar en sus brazos al autor y al consumidor de toda pureza? ¿Y el Salvador hubiera podido unirse á ella con tanto gozo á no haber ella unido toda la integridad de inocencia que tanto debia él amar? Y no encontrando sobre la tierra sino corrupcion, ¿no era preciso á lo menos junto á él un objeto sobre el cual pudiese reposar su complaciente mirada? ¿Quién no hallaria natural que para honrarla á nuestros ojos se hubiera dignado rodearla de grandeza, de opulencia y de gloria, blanco perenne de la ambicion humana? Sin duda que así hubiera podido mostrar su amor filial; mas queriéndonos enseñar á que apreciemos la pobreza y el olvido, dejó á su Madre en la pobreza y el olvido. Y como la única grandeza real es, segun su moral misma, la perfeccion, ¿podia su ternura manifestarse de un modo mas maravilloso que dándole la integridad y el complemento de esta perfeccion? que preservándola de una mancha comun á todas las generaciones? El ser distinguido entre los hombres de algunos siglos es ya un prodigio; pero el serlo en todos cuantos han llevado ó llevarán un nombre hasta el postrer dia del mundo, ¡qué prerogativa! Y de otra parte, ¿cómo ha juzgado Dios la falta original? ¿qué consecuencias tuvo para la humanidad? La encontró tan enorme, que ningun mérito de la mas santa de las criaturas le pareció digno de borrarlo. Para llevar un remedio á esta herida profunda fue necesario que su Hijo muy querido se encarnase, se sometiese á todas las miserias de nuestra naturaleza y muriese en una cruz. Mas si la redencion costó la sangre y la vida de un Dios, ¿cuál debia ser la caida? Y si tan espantosa fue la caida, ¿qué honor para María el no haber sido arrastrada á ella con el resto de los hombres? En esta caida se encuentra la fuente de esta corrupcion, cuyas tan tristes pruebas reconocemos en nosotros mismos: de ella nacieron la ignorancia que con tantos esfuerzos combatimos, y esas inclinaciones hácia el mal tan comunes á todos los corazones. Añadíles por cortejo esas dolencias que se suceden desde la cuna hasta el sepulcro, esos sudores, esas ansias á cuyo precio hemos de comprar la existencia. Si en este gran naufragio de la dignidad humana nos estremecemos de haber caido en lo mas hondo del abismo, ¿qué pensaremos de María preservada del pecado y hasta de sus funestas consecuencias? Á vista de esta depravacion que nos ha inoculado á todos el crimen de nuestro nacimiento, calculemos cuántos excesos ha habido en el mundo, cuántos atentados habrá hasta el mas lejano porvenir, y cuánto mas nos avergonzaremos de haber sido lesionados por esta enfermedad primitiva; mas nos complaceremos en poner una bella corona sobre la frente de aquella que siempre y sobre todo única habrá quedado pura.

«La santísima Virgen fue concebida sin pecado, y nosotros hemos sido todos contaminados desde nuestro origen, ¡qué materia tan profunda para ser

«meditada! ¡Qué seríamos nosotros si Dios no nos hubiese mirado con ojos de clemencia! Esta corrupcion de nuestros primeros dias fluye á nuestro lado, al propio tiempo que el rio de nuestra vida: nosotros la encontramos en todas las edades y en todas las condiciones: marchita nuestros pensamientos y nuestros deseos; nos sigue de dia y de noche; invade nuestra alma por nuestros ojos con los objetos, por nuestros oidos con los murmullos; ocúltase para mejor sorprendernos en el alimento que sacia nuestra hambre y en la bebida que sacia nuestra sed. Si la Virgen fue concebida sin pecado, Dios en su bondad ¿no hace desaparecer, merced al Bautismo, el vicio de nuestra naturaleza? ¿No nos devuelve nuestros derechos y nuestros títulos de honor, á cambio de que conservemos despues toda su nobleza? Y si la pureza de su Concepcion fue en María el primer privilegio de una vida toda bella y toda preciosa delante de Dios, la de nuestro bautismo, ¿no deberia ser en nosotros la primera gloria de una existencia llena de méritos, útil al mundo y digna del cielo?» Así es como este piadoso pensador hacia derivar de nuestra propia corrupcion y miseria, y de nuestra reparacion en la gracia, la mas alta demostracion del privilegio de la inmunidad de María.

«Y no es solo la gloria de María la que acaba de triunfar en esta definicion tan deseada, por la cual nos llamaran feliz generacion las generaciones que ya fueron, y nos llamarán generacion dichosa las que han de venir. Hemos además alcanzado una victoria sobre el genio del mal, sobre el espíritu enemigo del hombre, que en la cuna de los tiempos, hiriendo de muerte la raíz de la humanidad, se complacia con las ruinas que habia de hacinar su infernal envidia, pues si bien triunfó de la debilidad de la mujer para perder al hombre, hoy se ve de nuevo aplastada bajo la planta de otra mujer, mas poderosa que él, y exaltada en el cielo y en la tierra como la vencedora de la serpiente infernal.

«No pudiendo sublimar nuestra abatida inteligencia hasta la altura de tanta dignidad, la podremos siquiera vislumbrar por la virtud que mas brilló al ojo grosero del mortal, y que asombró al orgullo del hombre. Esta es la virtud que eleva al mismo amor, virtud alta y casi infinita, virtud portentosa... la humildad. Esta es la virtud que sujeta la erguida frente del ángel rebelde bajo las plantas de María: la humildad, ese espontáneo abatimiento con que la criatura se place en abismarse en el fondo de la nada para enaltecer al Criador; ese homenaje tan bello á los ojos de Dios era indispensable para indemnizarle, por decirlo así, del ultraje que habia sufrido por parte de la criatura que pretendia ser Dios. La humildad encierra en su mérito casi infinito el móvil secreto de la redencion del hombre, á quien el orgullo habia hecho caer. La soberbia del hombre estuvo presente á Dios antes de los tiempos, y para abatir esta soberbia, instigada al hombre por el padre de ella, estuvo presente al Altísimo la humildad de María. *Quia respexit humilitatem ancilla sue*, cantó ella misma. Dios vió desde la eternidad la Virgen humilde de Israel temblando á la presencia del Ángel que la acata y que la llama *llena de gracia*, y la vió respondiendo á su mision augusta, cubierto su rostro con el rubor de la humildad y de la inocencia: ¡Hé aquí la esclava del Señor! *respexit*: Dios la vió humilde en el establo de Belen, humilde en el templo, humilde en la fuga de Egipto, humilde en la senda de la amargura, humilde al pié de la cruz, humilde en la soledad, humilde en las glorias de su Hijo: *respexit*. Y satisfecho y embelesado de tanta humildad, despues del *fiat* que salió de sus labios cuando dió el

ser al universo, otro *fiat* debió ser el que en los consejos eternos de Dios produjo la Concepcion Inmaculada de María, á la cual enaltecíó reservándole otro *fiat*, aquel *fiat* que aguardaba de sus puros labios para encarnar en su purísimo seno el divino Verbo. Ved ahí la humildad, principio de la salud del mundo en la Concepcion de María.

«¡Recibe, pues, ó María, como el puro perfume de un oloroso incienso ese recuerdo de la primera de tus glorias, de cuando existias en el divino pensamiento tan limpia, tan sin mancha como apareciste despues en el tiempo para nuestra salud inmortal! ¡Gloria á María! ¡Gloria á la Virgen destinada á ser Madre de Dios! ¡Gloria á la humilde María exaltada sobre el trono del universo! ¡Gloria á María, que antes y despues del momento en que fue concebida purísima fue las delicias de su Criador, la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel y el honor del inmenso pueblo redimido con la sangre de JESUCRISTO!»

Añadamos una frase á las que acaban de leerse del erudito escritor Roca y Cornet: — Bendicion y felicidad eterna al gran pontifice Pio IX que ha colocado en la diadema que ciñe las sienes de María la piedra de mas valor proclamándola á la faz del mundo y con su autoridad apostólica recibida de Dios, limpia y pura en el instante de su Concepcion. ¡Gloria á Pio IX! ¡Que sea María quien le saque del poder de sus enemigos, y le alcance el ver el triunfo de la Iglesia!

CAPÍTULO XLV.

MONUMENTOS LEVANTADOS EN HONOR DE LA DEFINICION

DOG MÁTICA HECHA POR PIO IX.

EL acontecimiento de que nos hemos ocupado en el precedente capítulo fue de tal importancia, que la cristiandad quiso celebrarlo legando á las venideras generaciones monumentos notables, que fueran como el permanente certificado de la grata impresion por el mismo producida.

Imposible nos es detallar aquella grande manifestacion católica, siguiendo los pueblos, las aldeas y las ciudades que erigieron alguna obra religiosa ó artística, ó con entrambas cualidades á la vez, en memoria de la definicion por tantos siglos reclamada.

Nos limitaremos, pues, á hablar de los mas característicos, y entre ellos le incumbe el primer lugar al erigido en la Ciudad eterna.

La ciudad que cobija debajo su cielo los destruidos monumentos de la antigua Grecia y del mundo bárbaro; aquella que ha logrado reunir en inmóvil y vasto congreso las notabilidades de todas las épocas; que ha seguido una por una las tumbas de los grandes hombres para recoger las vidas en ellas encerradas, y las ha depositado en la frente y en las entrañas del mármol, no podia menos que perpetuar un acontecimiento á todas luces extraordinario: al lado de las columnas erigidas y de las soberbias estatuas que recuerdan á Roma las proezas de sus magnánimos emperadores, Pio IX debia levantar tambien un arco de triunfo que dijera á las edades venideras la victoria del Catolicismo sobre la concupiscencia.

Los Profetas, los Patriarcas, en fin, el genio del Cristianismo inspiró una idea digna del alto objeto á que se destinaba el colosal monumento. En 1856 tuvo lugar la inauguracion de los trabajos.